

PETER LANTOS

Una historia de amor, esperanza y supervivencia

EL NIÑO QUE NO QUERÍA MORIR



 Bruño

B Bruño



Texto: © Peter Lantos, 2023
Ilustraciones y cubierta: © Victoria Stebleva, 2023
Fotografías de las páginas 169-173: © Alamy
Fotografía de la página 173: © Mayor Clarence Benjamin
Traducción: María Jesús Asensio
© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2024
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.brunolibros.es

ISBN: 978-84-696-4060-9
D. legal: M-2001-2024

Reservados todos los derechos.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*,
la reproducción o la transmisión total o parcial
de esta obra por cualquier procedimiento
mecánico o electrónico, incluyendo
la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo públicos.
Pueden utilizarse citas
siempre que se mencione su procedencia.





PARALELO CERO

Dirección del proyecto editorial:
Trini Marull

Dirección editorial:
Begoña Lozano

Diseño:
Emilio Rebull

PARALELO CERO



El niño que no quería morir

Peter Lantos

*A la memoria de mi madre y de todos los niños
que perecieron en el Holocausto.*

Capítulo 1

Comienza el viaje

RECUERDO una soleada tarde de marzo de 1944, cuando ignoraba que mi vida iba a dar un vuelco en los meses siguientes. Paseaba por nuestro aserradero agarrado de la mano de mi madre. Ni siquiera había cumplido los cinco años, pero mantenía los ojos y los oídos bien abiertos y era consciente de que había señales que avisaban de que las cosas podrían cambiar. Siempre me había sentido a salvo allí, ya que ese era mi mundo. Todo lo que alcanzaba a ver a mi alrededor nos pertenecía. Volvíamos a casa desde la villa de mi tío Sándor y mi tía Anna, donde a menudo jugaba con mi prima Zsuzsi, que era de mi edad. Siempre nos llevamos bien. Ni siquiera lloraba cuando le quitaba sus juguetes. Teníamos la misma institutriz, María, pero era mi tío quien le pagaba porque a mi padre no le sobraba el dinero. Un día María dejó de venir a ocuparse de nosotros. Mi madre me explicó que tía Anna ya no podía seguir dándole trabajo. Cuando pregunté por qué, mi madre respondió que porque éramos judíos. No dijo nada más, y yo no entendí por qué el hecho de que fuéramos judíos implicaba que María tuviera que dejarnos.

En realidad, mi tío ya no vivía en la villa. Una vez pregunté que dónde estaba, y mi tía contestó que había sido movilizado para hacer trabajos forzados en el frente oriental de Rusia. Para disuadirme de hacer más preguntas, tía Anna me explicó que los hombres judíos no podían ser soldados profesionales, pero que se les necesitaba para realizar los trabajos más duros, como cavar trincheras para proteger a los soldados. Hacía mucho tiempo que se había marchado, y no sabíamos nada de él desde entonces. Esa fue la primera vez que me di cuenta de que había una guerra, y que mi país, Hungría, luchaba del lado de Alemania.

Antes había estado jugando con Zsuzsi como de costumbre. Era muy guapa, con el pelo negro y largo y grandes ojos marrones. Los había heredado de su madre, que también era muy guapa. Tía Anna había preparado un almuerzo estupendo, pero se disculpó porque no había podido conseguir la comida que ella quería. No había carne, solo *krumpli paprikás*, un plato de patatas en rodajas con mucho pimentón. Mi madre lo llamaba «el guiso del pobre», pero ¡estaba rico! Después nos agasajaron con la compota de membrillo de tía Anna, hecha con la fruta que se había conservado durante el invierno. Después del almuerzo, mi madre había ido a recogerme para llevarme a casa.

Caminábamos por el aserradero, que parecía inmenso en aquel atardecer de principios de primavera, tan grande que no alcanzaba a ver las lindes, marcadas mediante una valla. Frente a la calle principal, a ambos lados del pequeño edificio de oficinas, se levantaban las dos villas que pertenecían a mis tíos. Casi al fondo de la finca se encontraba nuestra modesta casa.

En el centro del patio estaba la atracción principal: un enorme cobertizo que albergaba las sierras eléctricas. Me tenían prohibido entrar ahí, pues eran peligrosas. Yo lo sabía, claro. A mi madre debía de aterrorizarle la sola idea de que, en lugar de maderos, serraran a su hijo en trocitos.

Desde el cobertizo se extendía un pequeño carril hasta el fondo del patio. A un lado del carril se alineaban grandes pilas de troncos, que eran transportados en carretones hasta las sierras eléctricas para ser cortados. Los productos finales, tablones del mismo grosor, se depositaban en el otro lado. Los troncos y los tablones apilados eran lo bastante altos para que Zsuzsi y yo jugáramos al escondite. Era muy divertido, pero a nuestras madres no les hacía ninguna gracia.

Todo el patio estaba dominado por una torre de enfriamiento, y a mí aquel oscuro estanque de agua me daba bastante miedo. Al lado se encontraba el lugar más emocionante: la sala de máquinas. Fue papá quien me llevó tras pedirselo insistentemente, y allí me presentó a un hombre grande con bigote que vestía mono de trabajo. Me dijo que era el ingeniero e intentó explicarme lo que hacían las máquinas. Estas se movían incansable y ruidosamente y me fascinaban. Y allí había un olor como en ningún otro sitio. Me imaginé que se debía al aceite templado para la maquinaria, cuyas gotas derramadas habían causado que el suelo que rodeaba la máquina estuviera resbaladizo. Papá me dijo que la madera la compraban empresas constructoras y que era un negocio próspero.

Hubo un tiempo en que aquel taller estaba lleno de trabajadores. A veces paseaba por el almacén de madera yo solo y me paraba a hablar con ellos o a escuchar sus conversaciones. Tenían una forma de hablar un tanto diferente a la de mis padres y usaban algunas palabras que no entendía. Aprendí expresiones que no agradaban a mi madre, pues decía que eran ofensivas.

En una ocasión esa fue la causa de un buen lío.

Mi madre había invitado a unas amigas y a tía Anna a tomar un café matutino y tarta. Cuando entré en la sala de estar y las vi allí tomando café, proferí una de esas palabras solo para sorprenderlas. Y vaya si se sorprendieron.

Se hizo un silencio sepulcral. Todo el mundo se me quedó mirando. Me di cuenta de que había dicho algo que no debía, pero no sabía qué. Mamá se puso de pie de un salto, se disculpó con sus invitadas y, agarrándome de la mano, me llevó a rastras a mi dormitorio. Estaba enfadada. Muy enfadada. Nunca la había visto así. Casi no había cerrado la puerta tras ella cuando me dijo:

—¿Dónde has oído esa palabra?

—¿Qué palabra? —No estaba seguro de a qué se refería.

—La palabra que acabas de decir. ¿Sabes lo que significa? —Pensé que era mejor que me quedara callado, pero mi madre no se rindió.

—¿Dónde la has oído?

—La oí en el aserradero. A los trabajadores.

—No debes utilizar esa palabra nunca más. Nunca. Prométemelo.

Asentí con la cabeza.

—Lo prometo —añadí, para hacer hincapié.

—Y ahora ven conmigo y pide disculpas. Luego explicaré a las invitadas lo que ha sucedido.

Hice lo que me pidió. Cuando por la tarde le conté esta anécdota a Gyuri, mi hermano, apenas podía contener la risa.

—¿Dónde está la gracia?

—No importa. ¿Qué otras palabras has aprendido de los trabajadores?

No eran pocas.

—Al parecer tienes una buena colección de palabrotas. No deberías emplear ninguna de ellas. Por supuesto, mamá está en lo cierto; esas palabras no se utilizan nunca en la buena sociedad. Cuando seas mayor lo entenderás. —Pensé que iba a seguir hablándome sobre esas palabras y sobre qué era la buena sociedad, pero no añadió nada más.

Los trabajadores que me habían «enseñado» esa palabra habían desaparecido. El aserradero se hallaba completamente

desierto. Las máquinas estaban calladas y solo quedaba un vigilante. Papá me dijo que el aserradero ya no era nuestro y que otras personas se harían cargo de él. Él también había perdido su empleo de contable.

Cuando llegamos a casa, antes incluso de que mamá se quitara el abrigo, papá le preguntó:

—¿Has oído las noticias?

—No. ¿Debería haberlo hecho?

—Los alemanes han invadido Hungría. Acabo de oírlo en la radio.

Mamá dio un grito ahogado.

—¡No puede ser! Somos sus aliados.

—Si no te lo crees, podemos escuchar luego la emisora de noticias internacionales de la BBC.

Así fue como empezaron las cosas malas. Yo no lo sabía entonces, pero en el plazo de unos meses todo lo que teníamos nos fue arrebatado. Y eso ni siquiera era lo peor de lo que nos sucedería.

En aquel momento, yo era demasiado pequeño para comprender lo que ocurría fuera de mi propia vida, pero por toda Europa venían desarrollándose acontecimientos dramáticos. Estábamos inmersos en una guerra. Mi padre nos explicó que se trataba de una guerra mundial. Cuando le pregunté qué era una guerra mundial, en lugar de responder sacó de la estantería un libro grande y lo abrió.

—Esto se llama atlas: es una serie de mapas de los países del mundo. —Lo abrió y perfiló una mancha irregular—. Esto es Hungría. —Luego apuntó cerca de la parte superior de la mancha—. Esto es Budapest, y esto —continuó arrastrando el dedo un poco más abajo— es Makó, donde vivimos nosotros.

Pasó la página.

—Esto es Europa. Cada zona coloreada es un país. Por ejemplo, esto es Alemania y esto es Francia. Y esto es parte de

la Unión Soviética. —Señaló el área coloreada de rojo, la más grande del mapa—. La guerra empezó hace tiempo: en mil novecientos treinta y nueve, el año en que naciste. Alemania ocupó muchos países europeos, pero afortunadamente no Gran Bretaña.

—¿Por qué los alemanes empezaron la guerra?

Mi padre dudó un momento.

—Querían más poder, más territorio, y vengarse por la guerra anterior, que perdieron. Y su líder, Adolf Hitler, es malo. Quiere asesinar a todos los judíos de Europa. —No estaba seguro de haberlo entendido, pero no me atreví a hacer más preguntas. Menos mal que mi padre había pasado la página.

—Esto es Asia. Ahí también se está librando la guerra. —Pasó otra página, en la que se veía una zona que parecía una pera boca abajo—. Esto es África, y allí también hay guerra. Por eso a esta guerra se la llama guerra mundial, porque está ocurriendo en todo el mundo.

Mi padre me explicó que, al principio, parecía que Alemania, junto con Italia y Japón, ganarían la guerra. Sin embargo, en aquellos momentos era más probable que vencieran los aliados. Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética. La guerra se encontraba en su quinto año y finalmente nos había alcanzado: los alemanes habían invadido nuestro país.

Mi padre era más bajo que mi madre y ambos eran delgados. Nunca supe de qué color tenía los ojos mi madre, pues parecían cambiar dependiendo de la luz que hubiera: ya marrones, ya grises, ya verdes. El pelo lo tenía muy oscuro, casi negro. Se la veía siempre elegante, incluso en casa, aunque sus vestidos no eran tan caros como los de tía Anna.

Papá no tenía mucho pelo, en la coronilla estaba completamente calvo. No recuerdo el color de sus ojos, pero cuando se enfadaba, lo cual no ocurría a menudo, prefería no mirárselos directamente.

Cuando era más pequeño, le pregunté a Gyuri qué edad tenían nuestros padres. Me dijo que mamá unos cuarenta y papá unos cuantos más. No me lo creí, así que se lo pregunté a nuestra madre. Ella me confirmó lo que Gyuri me había dicho. Ser mayor de cuarenta años parecía una edad avanzadísima. Le dije que tía Anna era mucho más joven, a lo que ella respondió:

—Tu tía no tiene un hijo de dieciocho años, ¿verdad?

Eso era cierto, tuve que reconocer. Me preocupaba que papá fuera aún mayor, pues podrían morir antes de que tuvieran tiempo de criarme.

Desde muy pronto supe, en parte porque siempre he tenido los ojos bien abiertos y en parte por haber oído discutir esporádicamente a mis padres, que éramos los más pobres de la numerosa familia de mi madre, compuesta de cinco hermanos y tres hermanas. Fue Gyuri también quien me explicó que papá, contable de profesión, no ganaba mucho. Para echarnos una mano, el abuelo nos prestaba algo de dinero de vez en cuando.

Nuestra casa era de modesto tamaño, mucho más pequeña que la de Zsuzsi, y solo tenía dos dormitorios. Había también un cuarto de estar grande, un baño y una cocina: eso era todo. Teníamos un pequeño jardín en la parte de atrás, rodeado de una valla de madera, con una cancela que daba directamente al aserradero.

Compartía habitación con Gyuri. Era catorce años mayor que yo y había dejado de ser un niño. Cuando se desvestía, veía que tenía pelo en el cuerpo: en las piernas, entre las piernas y bajo los brazos. Yo esperaba ser como él cuando creciera. Era alto, o al menos a mí me lo parecía, y tenía el pelo castaño y ondulado y unos profundos ojos marrones. Usaba gafas, y yo pensaba que quizá la vista se le había debilitado de tanto leer. No podía imaginarle sin un libro.

Nos llevábamos bien, dando por sobrentendido que él toleraba mi bulliciosa presencia con paciencia. Siempre que inte-

rumplía su lectura, él contestaba a mis preguntas como si tuviera todo el tiempo del mundo y de forma que yo pudiera entender sus explicaciones.

Era tímido, y cuando le preguntaba si tenía novia, hacía como que no me oía, pero se sonrojaba. No se lo preguntaba otra vez, pero yo pensaba que sí tenía.

Mamá me dijo que Gyuri era muy inteligente, y que había terminado el bachillerato en el instituto local con matrícula de honor: obtuvo la calificación más alta en todas las asignaturas. Yo debía seguir su ejemplo, añadió. Sin embargo, cuando solicitó el ingreso en la facultad de Humanidades (fueran lo que fuesen) de la universidad, no lo admitieron simplemente porque era judío, me explicó mi madre. Me di cuenta a tan temprana edad de que ser judío en Hungría no era buena cosa.

Poco después de que Alemania invadiera el país Gyuri fue llamado a hacer trabajos duros. Tenía que seguir el ejemplo de mi tío. Mis padres estaban muy disgustados, sobre todo mi madre. Una vez la sorprendí llorando. Durante los días siguientes, la casa estuvo en silencio y ni siquiera me apeteció ir a jugar con Zsuzsi.

Nuestra madre ayudó a Gyuri a preparar su equipaje. No llevó mucho tiempo. Una vez estuvo lista la maleta, vi a Gyuri meter unos libros debajo de las camisas.

Recuerdo el día de su partida. Yo jugaba con uno de mis juguetes: un ratón gris que, cuando se le daba cuerda, cruzaba la mesa sin caerse ni una vez. Mientras miraba y ponía obstáculos en su camino, de repente una mano levantó el ratón antes de que me diera tiempo a protestar; era Gyuri, que venía a decirme adiós. Ya se había despedido de mis padres, que estaban detrás de él. Noté que mamá había llorado. Mi hermano me levantó del suelo, me sostuvo en brazos, me besó y me dijo:

—Sé bueno.

Y se marchó.

La primera noche tras la marcha de Gyuri caí en la cuenta de que me había convertido en el único señor del dormitorio. Sin embargo, echaba mucho de menos su compañía. Me aclaraba cuestiones que me daba mucho miedo preguntar a mis padres. A veces me leía algunos párrafos de sus libros cuando le preguntaba qué estaba leyendo y me explicaba cosas. Me despertaba con delicadeza por las mañanas; ahora tenía que hacerlo mamá. Por la noche no había nadie en la cama de al lado, nadie que me susurrara en la oscuridad cuando llegaba tarde.

—¿Estás despierto? Deberías estar dormido —decía cuando me oía moverme, y se acercaba a mi cama a remeter la manta.

Sin él me sentía menos protegido. No era la oscuridad del dormitorio lo que me preocupaba, pues la oscuridad nunca me había asustado; pero cuando me despertaba en mitad de la noche con una pesadilla, su respiración me resultaba tranquilizadora.

Entonces comprendí que lo quería y sentía no habérselo dicho antes de que se marchara. Le pregunté a mamá si podía dormir en su cama.

—No —respondió, y supe que no debía preguntárselo otra vez.

Empecé a notar que las comidas no eran tan buenas como antes. Mi madre me explicó que Hungría llevaba tres años en guerra, y que ahora, con la invasión alemana, algunos alimentos escaseaban. En el pasado comíamos pollo y pato, incluso ganso, con frecuencia, pero ahora era raro ver pollo en la mesa.

Aunque nuestra cocina, a diferencia de la de mis abuelos, no era *kosher*, nunca comíamos cerdo ni beicon. Desde pequeño aprendí que *kosher* significaba no comer cerdo ni marisco, no mezclar nunca carne y leche y muchas otras normas que estable-

cía la ley judía. Tomábamos con más frecuencia platos sin carne. Mi preferido eran las tortitas rellenas de requesón, que me gustaban incluso más que la carne. Podía comérmelas por docenas, sobre todo cuando mamá ponía pasas en el relleno.

Una mañana vi a mi madre sentada junto a la ventana del cuarto de estar cosiendo. No cosía a menudo, así que tenía curiosidad por saber qué estaba haciendo. Me sorprendió descubrir que, de un tejido aterciopelado amarillo, estaba recortando una gran estrella de David, símbolo de la comunidad judía.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No lo ves? —dijo, un tanto contrariada.

No entendía qué había hecho yo para contrariarla.

—Estás haciendo estrellas de David. Pero ¿para qué?

—Para ponérmolas. —Al notar mi confusión, añadió—:

Hay una nueva ley: los judíos tenemos que llevar una estrella de David.

—Pero ¿por qué? Ya sabemos que somos judíos.

—Es para que los demás sepan que somos judíos.

—¿Yo también tengo que llevarla?

—No, tú eres muy pequeño.

—Pero yo quiero una.

—No seas pesado; tú no puedes llevarla. Solo los niños mayores que tú pueden llevarla.

—¿Zsuzsi se la pondrá?

—Claro que no. Es de tu edad.

Eso zanjó el asunto. Si Zsuzsi no iba a llevar la estrella, quizá yo tampoco debería.

Al cabo de unas semanas, en mayo, durante una cena de viernes en casa de mis abuelos, empecé a comprender que eso no era lo único que cambiaría.

Su casa estaba en una de las calles más bonitas de la ciudad, bordeada a ambos lados de limeros y castaños. Los limeros

llenaban el aire de una fuerte fragancia a finales de junio, mientras que los castaños florecían mucho antes, en mayo.

La casa tenía más habitaciones que la nuestra y más incluso que la villa de tío Sándor. Cuando todas las puertas dobles comunicantes estaban abiertas, podíamos correr de aquí para allá, y eso es exactamente lo que Zsuzsi y yo hacíamos cuando llegábamos.

Pero la verdadera atracción era el cuarto de baño. La pieza en sí era grande, con una enorme bañera de hierro fundido y un gigantesco depósito de agua sujeto en un ángulo del techo. En la parte exterior del depósito había un indicador que mostraba cuánta agua quedaba. Había una bomba manual acoplada, y cuando el nivel de agua estaba bajo, se pedía al encargado del mantenimiento o a uno de los chicos mayores que bombearan agua para el baño siguiente.

En un rincón se encontraba el milagro extranjero del momento: un *water closet*, que básicamente es lo mismo que un inodoro. Usábamos el inglés para indicar así su país de origen. Mi madre me contó que cuando se terminó la casa, era el único que había en la ciudad: con razón la gente quería verlo.

Nuestra carrera se vio interrumpida por una voz que no esperaba ninguna réplica.

—Si queréis correr, salid al jardín. Esto no es una pista de atletismo.

Nos paramos en seco, pero en esa ocasión no aceptamos el ofrecimiento de la abuela. El jardín no se había recuperado del invierno y no nos apetecía salir al frío primaveral. Tendríamos que esperar a que volviera del todo a la vida.

El jardín era grande y constaba de dos partes. En la delantera, justo detrás de la casa y en los laterales, había parterres de flores, setos de boj y arbustos de lilas. Separado de todo eso había una huerta y un terreno con frutales, atendidos según la estación por un horticultor.

La voz que nos había detenido era la de la abuela Fanny, y la idea de no obedecerla ni se nos pasaba por la cabeza. Todo el mundo obedecía a la abuela Fanny sin dudarle. Era la cabeza de familia. Desde la muerte del abuelo Samuel, ella administraba el hogar y controlaba el dinero. El abuelo había muerto hacía tantos años que yo solo lo conocía por las historias que contaba mi madre y por el retrato al óleo del cuarto de estar. Cuando pregunté de qué había muerto el abuelo, mamá me explicó que había tenido una hemorragia cerebral.

Aunque la abuela Fanny estaba vivita y coleando, su retrato colgaba también junto al del abuelo. Era igual que en la vida real: piel pálida y pelo blanco cepillado con esmero, pero en su rostro lo que destacaba eran sus ojos grises azulados. Era pequeña, aunque su carácter fuerte lo compensaba.

Al cabo de un rato nos llamó para cenar. Yo quería sentarme al lado de Zsuzsi, pero el dedo de la abuela señaló la silla que había entre mis padres.

Unos años antes habría habido más miembros de la familia; sin embargo, en esa tarde de viernes, aparte de nosotros, tía Anna y Zsuzsi, solo estaba allí tío Jenö. Era, de cinco, el hermano más pequeño de mi madre: una alta y desgarbada figura con una nariz grande y una cabeza casi calva. Vestía un traje nuevo muy bonito, que a mamá le llevó a comentar:

—Qué preciosidad de traje, Jenö.

Todos rieron, incluida la abuela. Yo no entendí dónde estaba la gracia, hasta que mamá me lo explicó después. Como en su familia había cinco hermanos, la ropa se pasaba en cadena del mayor al más pequeño. Siempre le tocaban a tío Jenö los trajes más usados. Si bien mis abuelos podrían haberse permitido ropa nueva para cada uno de sus hijos, normalmente se imponía el carácter ahorrador del abuelo. De todas formas, el sastre de la familia siempre pedía que le enviaran de Inglaterra la mejor tela, que parecía durar eternamente.

La abuela encendió las velas y dijo las oraciones: se esperaba que todos nos uniéramos a ella en la bendición del pan y el vino.

Rezó en hebreo, como los demás adultos.

Yo no leía hebreo todavía; por lo general los chicos lo aprendían antes de su bar mitzvá a la edad de trece años, a menos que pertenecieras a una familia ortodoxa muy religiosa, que no era nuestro caso.

La abuela pidió a mi madre que la ayudara a servir la comida y se fueron a la cocina. La cocinera y la mujer de la limpieza hacía algún tiempo que ya no venían. La comida era un delicioso pollo a la cazuela. Las porciones, una vez dividido en siete, eran pequeñas, pero los fideos y las verduras lo compensaban. No podía quejarme, porque a mí me tocó un ala, que era lo que más gustaba.

Después de cenar, la conversación derivó hacia un tema que yo no entendía.

La palabra «gueto» se repitió varias veces. Miré a Zsuzsi, quien, al cruzarse nuestras miradas, se encogió de hombros. Ella tampoco sabía qué significaba esa palabra.

—¿Qué es un gueto? —pregunté.

Hubo un silencio.

Mi padre miró a mi madre y ella a su vez miró a la abuela.

—Ili —la abuela se giró hacia mi madre—, ¿no se lo has dicho a Peter?

Mamá negó con la cabeza.

—¿Y tú, Anna? ¿Lo sabe Zsuzsi?

Tía Anna negó con la cabeza también.

—Deberíais habérselo dicho —fue el veredicto de la abuela.

De repente comprendí que significara lo que significase ese gueto, no podía ser nada bueno. Y que quizá no debía haber preguntado.